

CAPITULO VII.

Venturas del hogar.



OLON halló consuelo á sus pesares y alivio á su enfermedad en el seno de su familia.

Sus dos hijos, Isabel y su madre se desvivian por hacer olvidar à aquel gran hombre los acerbos disgustos que habian amargado su vida, y Colon sentia renacer la fe en su alma y el vigor en su cuerpo al verse rodeado de aquellos séres, que se miraban en sus ojos y no ambicionaban más que verle feliz.

Bartolomé vivia á su lado, compartiendo con él los goces de la familia.

Trascurrió algun tiempo, durante el cual tuvo ocasion el almirante de conocer á fondo el carácter y los sentimientos de sus hijos, á quienes las circunstancias habian tenido alejado de él, y se enorgullecía de la nobleza, de la energía, de la perseverancia de Diego, y de la dulzura, de la inteligencia y del generoso corazón de Fernando.

Impresionable y expansivo á la vez, embelesaban al almirante las repetidas muestras de veneracion y cariño que le daba la prenda que de su amor le habia dejado su inconsolable Beatriz.

Con más interes que Diego, con más curiosidad, aprovechaba todos los momentos que estaba à su lado para hacerle preguntas acerca de sus viajes, para que aclarara sus dudas

y para que ilustrara su inteligencia, y alentado por la amabilidad con que le complacia su padre, se permitia hacer observaciones, que entusiasmaban al pobre viejo, porque le revelaban el buen criterio, el sentimiento de equidad, el levantado espíritu de aquel jóven, por cuyas venas corria su sangre.

En estos coloquios sembraba, sin saberlo, el almirante en el corazón de su hijo las semillas que, andando el tiempo, debian dar por fruto la verdadera historia, el juicio exacto de su vida y viajes, que Fernando, entregado con verdadera fe al estudio, legó á la posteridad, como la más noble defensa de sus actos, como el retrato más parecido y más fiel del autor de sus dias.

—¡Ah! decia Colon á su hermano Bartolomé, cuando estaban solos. Razon he tenido siempre en confiar en la Providencia!

Mucho he sufrido, grandes han sido los obstáculos que á mis deseos se han opuesto siempre.

Cansado estaba de luchar; pero una nueva vida renace en mí.

Los horizontes tristes desaparecen, y se trasforman en risueños.

¿Qué importa la injusticia de los hombres? ¿Qué son los dolores que experimenta el alma en el camino de la vida, si al detenerse á descansar halla á su lado una familia como la que me rodea, hijos capaces de comprenderme y de resarcirme de mis sinsabores con su cariño?

Bartolomé preferia á Diego, sin dejar de estimar á Fernando.

Diego tenia mucho de su carácter.

Era inteligente y honrado; pero al mismo tiempo enérgico y activo.

Amaba la virtud hasta el sacrificio, y como él opinaba

que, en vez de perdonar á los calumniadores, á los villanos que se complacian en manchar la honra de su padre, debia éste condenarlos á la vergüenza pública, aplastarlos como á una víbora ponzoñosa, y levantar ante ellos la frente, no solo con dignidad, sino con altanería.

Muchas causas habian contribuido á formar este carácter en él.

Pero la principal era la muerte de los sentimientos delicados, de los afectos íntimos y tiernos que se habian extinguido en su alma al extinguirse la vida de María, haciéndole poco comunicativo, condenándole á no gozar las dulzuras de la expansion, y fomentando en él el orgullo, la altivez, que era el sello distintivo de su carácter.

Tambien contribuian á embellecer las horas de la vida del ilustre marino las atenciones y los cuidados de Inés, los recuerdos que, para distraer su ánimo, evocaba de Beatriz, y las inocentes y tiernas caricias de Isabel, que parecian reunir en su alma todo el cariño, toda la gratitud que habian sentido hácia Colon sus padres.

Los íntimos sentimientos de aquellos séres le consolaban en situaciones en cierto modo críticas.

Colon aspiraba á reconquistar todos sus derechos menoscabados, todas sus prerogativas, todos sus títulos, todos sus honores.

Deseaba volver á la colonia y confundir á los miserables que le habian calumniado.

Ansiaba proseguir sus descubrimientos, porque veia acercarse á él con pasos agigantados la muerte, y entónces más que nunca entreveia los secretos que el proceloso mar guardaba todavía para los europeos.

Arrebatárselos y aumentar con ellos su gloria, era su afán. Bartolomé, por su parte, abundaba en los mismos deseos;

pero desconfiaba de las personas que rodeaban á los reyes, desconfiaba de los monarcas mismos, y temia que nuevos desengaños acabaran con el quebrantado espíritu de su hermano Cristóbal.

Diego, que por haber vivido continuamente en la corte conocia las intrigas que se fraguaban, no abrigaba más que un proposito: el de defender á su padre, el de colocarse en situacion de destruir las tramas que contra él se urdian, el de reivindicar á toda costa sus privilegios; y sin que él lo supiera, una noble ambicion iba poco á poco ganando terreno en su alma, para impulsarle más tarde á sacar del olvido la gloria del autor de sus dias, y á presentarle á los ojos del mundo con todo el esplendor, con todo el brillo que justamente habia alcanzado.

Fernando, más jóven aún, lleno de ilusiones, entusiasmado con su padre, guardaba un secreto en su corazon, un secreto que no se habia atrevido á revelar á nadie.

Este secreto era el primer amor que nacia en su alma.

Isabel y Fernando se habian creado juntos.

Las dulces horas de la infancia, los primeros albores de la juventud les habian hallado estrechamente unidos por el hermoso vínculo del amor fraternal.

Inés les contemplaba, acariciando un deseo en su imaginacion.

Los niños se profesaban un entrañable afecto.

Isabel no disfrutaba de nada sin dar parte de sus satisfacciones á Fernando.

Fernando se desvivía por complacer en todo á Isabel.

Cuando los niños cumplieron quince años, empezaron á vivir más separados.

Inés enseñaba á su hija las labores propias de su sexo.

Fernando tenia que salir á desempeñar en palacio las funciones de paje.

Miéntas vivian separados, él no dejaba de pensar en ella. Ella pensaba en él, pero no con tanta vehemencia.

Fernando deseaba volver á verla siempre que estaba léjos de ella, y poco á poco notaba que se aumentaba su encogimiento para hablarla.

El cariño fraternal se trasformaba en el corazon de Fernando en amor.

En Isabel continuaba siendo cariño.

Al fin y al cabo se dió cuenta Fernando de sus sentimientos.

Acarició esperanzas é ilusiones; pero se guardó muy bien de darlas á conocer.

Podrian amenguar las expansiones, las demostraciones de afecto de Isabel, y necesitaba al ménos que fuera siempre para él la hermana cariñosa.

Inés adivinaba los sentimientos de Fernando, y en el fondo de su alma experimentaba una inmensa alegría.

Aquello era la realizacion de su sueño, y sin embargo, Fernando tenia que renunciar à tan inmensa ventura.

La causa la adivinarán mis lectores.

Inés había sacrificado sus deseos y la felicidad de su hija al agradecimiento que sentia hàcia Villejo.

Fernando se habia impuesto tambien el mismo sacrificio.

Las circunstancias que concurrieron á impulsarle á tomar esta resolucion, fueron un tormento para su alma.

Por eso habia consagrado todo su cariño á su padre.

Por eso le preguntaba con interes, con ánsia, las impresiones de sus viajes.

Por eso deseaba encontrar en la ciencia un refugio á su alma lacerada, donde pudiera hallar un dulcísimo bálsamo que curase sus heridas.

El mismo fué quien se encargó de labrar la fortuna de Isabel á costa de la suya.

CAPITULO VIII.

La gratitud.



SENTÍÓ nacer en su alma el sentimiento del amor Antonio de Villejo apénas fijó sus ojos en Isabel.

Colon le presentó á su familia con las mayores muestras de afecto.

— Ha podido agravar mis padecimientos, les dijo, y sin embargo, desde el primer momento me ha tratado con el mayor respeto, con la mayor consideracion. Ha querido romper las cadenas con que mis adversarios me han escarnécido, ha tratado por todos los medios de aliviar mi desgracia, y nunca pagaré lo bastante su generosidad.

Esto bastó para que Inés é Isabel le mostrasen su agradecimiento.

Al llegar á Granada, refirió el almirante á sus hijos lo que por él habia hecho Villejo.

Los dos estrecharon su mano con reconocimiento.

Pero Fernando, que era mas expansivo que Diego, le ofreció una leal amistad, y desde aquel dia no pasó uno solo sin que los dos amigos se vieran y se hablaran con la mayor intimidad.

Villejo iba à menudo á ver á Colon.

Dos móviles le guiaban á su morada: ver á Isabel, ver á aquel hombre que tanto respeto y tanta admiracion le infundia.

Enterados los reyes de las consideraciones con que habia